SIN VUELTA ATRÁS

JORDI SIERRA I FABRA

sm

Esta es una historia inventada. Que no se busque relación alguna con otras que hayan sucedido con nombres y apellidos. Ningún personaje está basado o inspirado en un modelo concreto. Pero es la historia de decenas, cientos de chicos y chicas que hoy, ahora, están siendo sometidos al mismo calvario que el protagonista de la novela. Es la historia de la intolerancia, el miedo, la estupidez y el silencio.

Y es mi historia.

Jordi Sierra i Fabra, febrero de 2005

PRIMER GRITO

La noticia

(Primera hora)

1

A lo lejos, sobre la línea del horizonte, el cielo y el mar se confundían.

El cielo era gris, denso, poblado de nubes oscuras que, a primera hora de la mañana, conferían al nuevo día un aire de melancólica lasitud. El mar era plomizo, compacto, rota únicamente su monótona intensidad por las crestas blancas de algunas olas empeñadas en destacar, como si el viento las azotase.

Pero no había viento.

Aquella calma...

El viejo Tobías contempló la distancia desde su propia distancia. Los años formaban una escalera desde la cual aquella visión tenía otros colores, otras sensaciones. Su cielo, su mar, la tierra, el acantilado, los mismos pasos perdidos de todas las mañanas de su vida más reciente.

Llenó sus pulmones de aire.

Y mientras sus ojos se inundaban de luz, su interior saboreó el aroma de la vida.

Amaba aquel silencio.

El tiempo no contaba. El paseo de todas las mañanas dependía de si hacía sol o llovía y poco más. Y si la lluvia era débil, apenas la esquirla de la humedad que provenía del mar, bastaba con un chubasquero o un paraguas para protegerse de ella. La tierra, con su mezcla de verde y negrura, desprendía racimos de energía que él absorbía como las plantas absorben la savia de la que se alimentan.

Una perfecta cadena natural.

Un paso, dos, tres, hasta llegar casi al borde del acantilado.

La pared, vertical, se alzaba unos treinta metros sobre la escasa playa tachonada de rocas. La playa de toda la vida. La playa en la que, generación a generación, los jóvenes del pueblo se habían bañado a lo largo de la historia.

Como él mismo, años y años atrás.

El viejo Tobías miró hacia abajo, en busca del recuerdo. Por allí, impregnando las rocas, flotaban los ecos de sus voces, cantos y risas, los primeros besos de aquellos veranos perdidos aunque nunca olvidados, la memoria del pasado. La playa y el acantilado siempre habían sido uno de los sellos distintivos del pueblo.

Su casa de toda la vida.

La conocía palmo a palmo, hueco a hueco. Casi granito de arena a granito de arena. Era la imagen constante y eterna de todas sus mañanas, de todos sus paseos frente al mar. Una pintura móvil.

Por esa misma razón capturó la anomalía.

Lo extraño.

La mancha rojiza destacaba de una forma antinatural en la playa, junto a las tres rocas gemelas y al pie del acantilado.

El viejo Tobías aclaró la vista. La tenía buena, por lo menos de lejos. Otra cosa era leer el periódico o un libro. Para eso sí necesitaba gafas. Pero aunque la distancia no era excesiva, la forma rojiza sí se le antojó difícil.

Parecía un cuerpo, y aquello era absurdo.

Miró hacia atrás. Estaba solo. La silueta del pueblo se recortaba a lo lejos, incrustada en el perfil de las montañas que lo aprisionaban cerca del mar. Nadie en el sendero.

Volvió a centrar su atención en la mancha rojiza.

Una chaqueta, una prenda de abrigo...

El mar devolvía siempre lo que se le echaba, pero no en un día como aquel. Todo había estado en calma la noche pasada, y también los días anteriores. Así que aquello...

La figura humana se le hizo más y más concreta.

—No –suspiró ante el grito de su instinto.

Echó a andar hacia su izquierda. El camino que descendía en dirección a la playa era seguro, amplio. Veinte años atrás incluso se había colocado una barandilla en los dos tramos más pronunciados, y se le dio consistencia a los escalones naturales, cimentándose piedras en ellos para no resbalar y afianzarse en los días de mal tiempo. Sus pasos, sin embargo, fueron inquietos, más y más inquietos a medida que su corazón empezó a latir de aquella forma tan acusada y antinatural, en tanto que la certeza se abría paso en su ánimo.

—Otra vez, no –suspiró de nuevo.

El camino desembocaba en la playa tras una larga curva que lo suavizaba aún más en su proximidad. El viejo Tobías pisó la arena con la sensación del reencuentro. Allí sí se escuchaba el mar, el beso de las olas, el dulce deslizar del agua en la orilla en su eterno ir y venir. Se movió con pesadez al hundírsele los pies y tuvo que afianzar el bastón para no caer. Las tres rocas gemelas

rezumaban humedad. Parecían los restos de un monolito ancestral.

Quizás en otro tiempo lo hubieran sido.

El cadáver se le hizo visible a los pocos pasos.

La forma rojiza era la de su cazadora.

No era la primera vez que veía algo como aquello, así que cuando miró hacia la cumbre del acantilado no se hizo más preguntas. El cuerpo estaba roto, quebrado, adoptando una forma absurda sobre la arena y las rocas. La sangre aún brillaba, pero se hundía en el suelo igual que una raíz en busca de una vida que ya nunca volvería. Cuando superó el choque, la brutalidad de la verdad, se movió hacia la derecha, en busca de aquel rostro todavía invisible.

El viejo Tobías ahogó un gemido.

Cerró los ojos, porque los del muerto seguían abiertos, orlando una mueca de estupor no superada con la agonía final, y luego venció el agarrotamiento muscular, aunque su corazón no dejó de latir, como si una feroz arritmia se hubiera apoderado de él, hasta que consiguió reaccionar.

Echó a correr, en la medida de sus posibilidades, para subir de nuevo por el camino y llegar al pueblo cuanto antes.

2

Miguel Ángel se detuvo al llegar a las inmediaciones del instituto.

A veces, unos pocos metros representaban la mayor de las distancias.

Miró arriba y abajo de la calle. Nada. Los últimos chicos y chicas entraban por la verja aún abierta en el muro. Faltaban apenas un par de minutos para que se cerrara, dejando fuera y con el problema a cuestas a los que llegaban tarde.